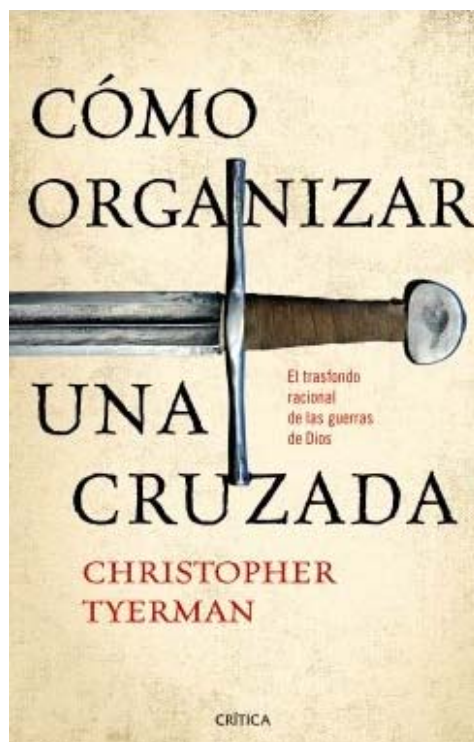


Christopher TYERMAN: *Cómo organizar una cruzada*, Barcelona, Crítica, 2016, 624 pp., ISBN: 9788416771257

Oliver Vergés Pons
Institut d'Estudis Medievals – Universitat Autònoma de Barcelona

La racionalidad, base de las guerras de Dios

Por lo que a la historia se refiere, el mundo medieval es, quizás, el que más a menudo ha sido víctima de estereotipos, muchos de los cuales siguen aún vigentes en un sinnúmero de acercamientos acientíficos al medievo. De hecho, el término *medieval* es usado a menudo como adjetivo para hablar de barbarie, suciedad, ignorancia o falta de uso de la razón, por citar algunos ejemplos. Desde el desconocimiento de la historia, puede que el movimiento cruzado sea el que mejor ejemplifique todas las connotaciones negativas atribuidas al mundo de hace mil años. Las cruzadas sirven para representar el zenit de la barbarie y de la violencia, así como de la falta de racionalidad por parte de un mundo ignorante que vivía temeroso de las señales del cielo. Quien asuma esta imagen difícilmente entenderá que alguien en su sano juicio intente buscar el trasfondo racional de las guerras de Dios. Esto es, sin embargo, lo que ha intentado Christopher Tyerman en esta reciente publicación que lleva por título *Cómo organizar una cruzada*.



Tyerman es *Fellow* de Historia en el Hertford College de Oxford y catedrático de Historia Medieval en el New College. Sus primeros trabajos entre artículos y libros, que se remontan a los años ochenta del siglo pasado, ya versaban sobre cuestiones relacionadas con el mundo cruzado y Tierra Santa, interesándose también por la vinculación entre el mundo inglés y las guerras de Dios –*England and the Crusades* (1996). A finales del siglo pasado y a inicios del presente ha publicado sus libros más importantes relacionados con las cruzadas, entre los que habría que destacar *The invention of the Crusades* (1998), *The Crusades: a very short introduction* (2005) y *God's War: a new history of the Crusades* (2006), los dos últimos traducidos también al castellano. Con el presente estudio se consagra como gran especialista en el tema y autor de referencia en la materia.

El principal objetivo que persigue Tyerman en esta reciente publicación es el de contar de la forma más pormenorizada posible cómo se organizaba una campaña cruzada en tiempos medievales, poniendo el foco en las expediciones a Tierra Santa, pero sin obviar algunos casos propios de la península Ibérica o, incluso, de la lucha contra las herejías en el continente europeo, como la albigense. Fundamentalmente se centra en el período cruzado

clásico, un marco cronológico que va desde la famosa llamada de Urbano II en Clermont en 1095 hasta la caída de Acre en 1291. Si bien es cierto que tanto por la temática como por el abanico temporal esta publicación puede parecer otro acercamiento de síntesis sobre las diferentes campañas cruzadas que partieron hacia Oriente, en realidad dista mucho de ser el típico estudio diacrónico de las guerras de Dios. Es, más bien, un exitoso intento de conocer el funcionamiento interno de las cruzadas, teniendo en cuenta todos y cada uno de los factores que intervenían en las diferentes expediciones, desde la llamada papal hasta la ruta seguida por los ejércitos pasando por la financiación de la campaña.

Estamos acostumbrados a que la mayoría de los trabajos sobre las cruzadas, exceptuando estudios de cuestiones muy concretas, se centren en dos aspectos: el qué, es decir, qué fueron las cruzadas y cómo se desarrollaron –la historia de los hechos, por lo tanto–, y el porqué, o sea, cuáles fueron los motivos ideológicos que llevaron a miles de guerreros de la Europa Occidental a tomar las armas para conquistar Jerusalén –una historia, en este sentido, más centrada en los aspectos morales. Como bien sugiere el título de este estudio, la intención última del autor es conocer el cómo, es decir, los elementos que posibilitaron la materialización de una campaña cruzada medieval. Y para hacerlo se centra en siete grandes aspectos a tener en cuenta: la necesidad de un *casus belli*, una propaganda eficaz para convencer a los participantes, un reclutamiento acorde al proyecto bélico, la disponibilidad de una financiación adecuada, el transporte a disposición, la previsión de un plan de campaña razonable y una estrategia política general. A través de estas siete grandes temáticas, Tyerman analiza el fenómeno cruzado en conjunto.

Antes de empezar a trabajar estos aspectos, el autor intenta abordar el gran *leitmotiv* de su estudio: demostrar que detrás de las cruzadas había una base de racionalidad. Más allá de la pasión desenfrenada que pudo despertar la llamada de Urbano II con los *¡Dios lo quiere!* que las crónicas dicen que levantó, el proyecto del papa había sido meditado largo y tendido, y una vez contó con una respuesta positiva la llamada Primera Cruzada se preparó a conciencia. Si no hubiera sido así y la campaña hubiese sido tan sólo fruto de la locura del momento, hubiera sido imposible que miles de guerreros llegaran a Tierra Santa de forma más o menos organizada, contando con los víveres necesarios para el camino y avituallándose de forma regular, entre otras muchas cosas que sin previa planificación hubieran salido mal, condenando la expedición al fracaso. Así pues, sí había racionalidad y sentido común, también había planificación y un conjunto de elementos –los mencionados más arriba– que jugaban un papel básico para el éxito de la campaña.

Aunque las motivaciones de carácter espiritual podían generar el interés de los guerreros, era fundamental que hubiese una causa temporal verosímil, como la muy a menudo aducida defensa de la Cristiandad ante un peligro inminente. Con todo, la gente no siempre creía lo que se le decía, por eso había que tener una buena motivación para sumar esfuerzos con éxito, no sólo para garantizar un número suficiente de participantes, sino también para conseguir las complicidades políticas necesarias –avituallamiento en el trayecto, financiación, etc. Junto con la necesidad de un *casus belli* efectivo, la propaganda era fundamental para que el proyecto no naciese muerto. Había que hacer una buena prédica, buscando el momento oportuno –incluso teniendo en cuenta el calendario– y llegando al público objetivo correcto.

Pero más allá de una buena causa y una buena campaña propagandística, había un tercer aspecto básico para que la cruzada viese la luz: la financiación. Sin dinero no había expedición posible, básicamente porque había que transportar de manera efectiva a los contendientes, había que alimentarlos y había que pagarles por sus servicios. Pagar era fundamental, y sin ello no había ejército. Sin paga no hubiesen participado ni los propios vasallos de los grandes señores, porque una vez terminado el período de servicio acordado por contrato feudal el señor no podía retener a su vasallo si no era con un estipendio regular. Era necesaria, por lo tanto, una financiación previa al desarrollo de la campaña y eran fundamentales los éxitos militares, porque en estas guerras de Dios, que eran también de conquista, los beneficios económicos que proporcionaba el propio desarrollo bélico eran lo que garantizaba la continuidad del ejército cruzado.

La financiación servía también para proporcionar un transporte adecuado a las necesidades de las tropas, pero era igualmente importante que el tránsito del ejército se desarrollase de forma coordinada, pactando previamente con los gobernantes de los territorios por donde debía transcurrir el camino de los cruzados. Una vez más se demuestra la necesidad de una previsión adecuada para garantizar el éxito de la empresa. Había que tener un plan de campaña razonable con unos objetivos realistas y que tuviese en cuenta todos los pormenores y los posibles problemas con los cuales podían encontrarse los cruzados en campaña. Y es que mantener un caballo durante toda la cruzada, por ejemplo, salía muy caro, sobre todo por lo que se refiere a su alimentación y al pasaje si viajaba en barco hasta Tierra Santa. Una manera de reducir gastos era conseguir caballos en el destino, pero esto requería de planificación previa, y había que tener en cuenta también que eran necesarios los herreros para las herraduras de las monturas, así como tener hierro a disposición. Y esto sólo en relación a los caballos de los jinetes. Podemos imaginar, por lo tanto, la complejidad de una campaña de estas características si había que tener en cuenta todos los factores apuntados a la hora de planificarla. El plan debía incluir también una buena estrategia geopolítica para asegurarse que una vez en campaña se seguiría contando con el apoyo suficiente para mantener financiación, vituallas, permiso de transitar por zonas concretas, etcétera.

Si el gran objetivo de Tyerman era demostrar que para organizar una cruzada era fundamental la existencia de un trasfondo racional para el desarrollo eficaz de la expedición creemos que el autor lo ha logrado. Haciendo gala de un gran conocimiento de la realidad cruzada de los siglos XI-XIII, un conocimiento que le permite justificar con hechos y argumentos cada una de las cuestiones que plantea, Tyerman nos da a conocer las cruzadas de una manera diferente, dejando el desarrollo de las campañas y las motivaciones espirituales de los participantes a un lado para poner de relieve unos aspectos menos conocidos pero, por lo que ha podido verse, fundamentales para que las cruzadas hayan pasado a la historia y no hayan quedado como un proyecto irrealizable.

A pesar de que estemos aún poco acostumbrados a este tipo de acercamientos al pasado de las cruzadas, lo cierto es que el creciente interés que ha tenido la llamada historia militar en los últimos años ha llevado a un mayor y más pormenorizado conocimiento de la realidad bélica. De hecho, en el mundo hispánico no es una novedad trabajar las campañas militares medievales centrándose en la cuestión organizativa, como hemos podido ver, por ejemplo, en los trabajos de Martín Alvira sobre Muret o Las Navas de Tolosa. Parece, pues, que la historiografía sobre la guerra, tanto la peninsular como la europea, está siguiendo una

trayectoria muy concreta que en los próximos años, aunque también ya a día de hoy, nos permitirá conocer más y mejor cómo se organizaba una campaña militar. Con trabajos como éste se podrá demostrar argumentalmente la conclusión final que plantea Ch. Tyerman en *Cómo organizar una cruzada*: que el elemento que hizo posible las guerras de Dios no fue otro que la razón.